En sueños, su mano tullida
escribía el *Antiquijote*.

José de la Colina

www.thuleediciones.com

Selección de Juan A. Epple

MICROQUIJOTES

micro MUNDOS

Selección de Juan A. Epple

QUIJOTES

Thule
Thule EDICIONES

JUAN ARMANDO EPPLE

Selección y prólogo

MicroQuijotes

MicroQuijotes

Selección y prólogo de
JUAN ARMANDO EPPLE

© 2005 THULE EDICIONES, S.L.
© 1995 María Kodama (textos de J. L. Borges)
© 1986 Augusto Monterroso
© 2005 De todos los textos, sus autores

Diseño de cubierta: Tamara Peña
Maquetación: José Miguel Rodrigo
Corrección: Mar Navarro

ISBN: 84-96473-04-X
Depósito legal: B-18725-05

Impreso por Press Line S.L.,
Sant Adrià de Besòs, España

www.thuleediciones.com

Prólogo

Las obras clásicas perduran en el tiempo no tanto por su calidad de monumentos estáticos, sino porque se abren a lecturas diferentes en cada época: dialogan con nuestra contemporaneidad. Don Quijote ha sido leído como un personaje cómico, un activador lego de la razón filosófica, un héroe romántico, un crítico social del imperio, una figura agónica, un idealista a ultranza, y así. En el siglo XX, y especialmente en la apreciación de los escritores, el clásico cervantino es reconocido como la fuente de las principales innovaciones literarias que va a consolidar la novela moderna y su protagonista, don Quijote, es valorado como un héroe de la imaginación.

Varios de los escritores latinoamericanos que han recibido el Premio Cervantes coinciden en destacar la legitimación de la libertad creativa y la voluntad de imaginación como el legado más importante del *Quijote*:

> Cervantes, con el *Quijote*, instala la dimensión imaginaria dentro del hombre, con todas sus implicaciones terribles o magníficas, destructoras o poéticas, novedosas o inventivas, haciendo de ese nuevo yo un medio de indagación y conocimiento del hombre, de acuerdo con una visión de la realidad que pone en ella todo y más aún de lo que en ella se busca. Primer amante verdadero de la literatura moderna, don Quijote proyecta sus propios fantasmas en la figura de Dulcinea —pirandelliano juego de apariencias— alzando una vulgar realidad al nivel de su propia escala imaginaria. A partir de ese momento todo está permitido al ente creador.
>
> ALEJO CARPENTIER, Premio Cervantes 1977

Todos los novelistas, sea cual sea el idioma en que escribamos, somos deudores de aquel hombre desdichado y de su mejor novela, que es la primera y también la mejor novela que se ha escrito. Una novela en la que todos hemos entrado a saco, durante siglos, y que, a pesar de nosotros y de tan repetida depredación, se mantiene, como el primer día, intocada, misteriosa, transparente y pura (...).

El planteamiento del libro, su esencial libertad creativa e imaginativa marcan la pauta, conquistan el terreno sin límites en el que germinará y se desarrollará toda la novelística posterior. El maravilloso entramado de la más cruda realidad y la fantasía más exaltada, la magia prodigiosa de dar vida permanente a todo lo que su mano, como al descuido, va tocando, son virtudes que ya han sido, y siempre serán, alabadas, aplaudidas y comentadas.

JUAN CARLOS ONETTI, Premio Cervantes 1980

Don Quijote sale a probar la existencia de una edad pasada, cuando el mundo era igual a sus palabras. Se encuentra con una edad presente, empeñada en separarlo todo. Sale a probar la existencia de los héroes escritos: los paladines y caballeros andantes del pasado. Encuentra su propia contemporaneidad en un hecho para él irrefutable: don Quijote, como sus héroes, también ha sido escrito.

Quijote y Sancho son los primeros personajes literarios que se saben escritos mientras viven las aventuras que están siendo escritas sobre ellos. Colón en la tierra nueva, Copérnico en los nuevos cielos, no operan una revolución más asombrosa que ésta de don Quijote al saberse escrito, personaje del libro titulado *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha.*

La información moderna, el privilegio pero también la carga de la mirada plural, nacen en el momento en que Sancho le dice a don Quijote lo que el bachiller Sansón Carrasco le dijo a Sancho: estamos siendo escritos. Estamos siendo leídos. Estamos siendo vistos. Carecemos de impunidad, pero también de soledad. Nos rodea la mirada del otro. Somos un proyecto del otro. No hemos terminado nuestra aventura. No la terminaremos mientras seamos objeto de la lectura, de la imaginación, acaso del deseo de los demás. No moriremos —Quijote, Sancho— mientras exista un lector que abra nuestro libro.

CARLOS FUENTES, Premio Cervantes 1987

Y en un artículo reciente, el escritor Mario Vargas Llosa reafirma que el tema central del *Quijote* es la ficcionalización de la realidad y la seducción que ejerce sobre los personajes la imaginación literaria, llegando a actuar, sin proponérselo, por los códigos de la ficción antes que por las convenciones restrictivas de sus realidades cotidianas:

> El gran tema de *Don Quijote de la Mancha* es la ficción, su razón de ser y la manera cómo ella, al infiltrarse en la vida, la va modelando, transformando. Así, lo que parece a muchos lectores modernos el tema «borgiano» por antonomasia —el de «Tlön, Uqbar, Orbis Tertius»— es, en verdad, un tema cervantino que, siglos después, Borges resucitó, imprimiéndole un sello personal.
>
> La ficción es un asunto central de la novela, porque el hidalgo manchego que es su protagonista ha sido «desquiciado» —también en su locura hay que ver una alegoría o un símbolo antes que un diagnóstico clínico— por las fantasías de los libros de caballerías, y, creyendo que el mundo es como lo describen las novelas de Amadises y Palmerines, se lanza a él en busca de unas aventuras que vivirá de manera paródica, provocando y padeciendo pequeñas catástrofes. Él no saca de esas malas experiencias una lección de realismo. Con la inconmovible fe de los fanáticos, atribuye a malvados encantadores que sus hazañas tornen siempre a desnaturalizarse y convertirse en farsas. Al final, termina por salirse con la suya. La ficción va contaminando lo vivido y la realidad se va gradualmente plegando a las excentricidades y fantasías de don Quijote. El propio Sancho Panza, a quien en los primeros capítulos de la historia se nos presenta como un ser terrícola, materialista y pragmático a más no poder, lo vemos, en la segunda parte, sucumbiendo también a los encantos de la fantasía, y, cuando ejerce la gobernación de la ínsula Barataria, acomodándose de buena gana al mundo del embeleco y la ilusión.[1]

El *Quijote* es quizás la obra clásica que ha concitado la mayor atención contemporánea como narrativa maestra para fundamentar propuestas estéticas, ensayos, poéticas, proclamas, filiaciones

1. Mario Vargas Llosa, «Una novela para el siglo XXI». Suplemento Literatura y Libros, *El Mercurio*, Chile. Viernes 26 de noviembre de 2004.

éticas, parodias (potenciando justamente uno de los fundamentos estéticos de esta novela) y reescrituras que agudizan, como reconocimiento implícito, el precursor perspectivismo cervantino. Uno de los géneros que ha canalizado con mayor soltura este vínculo dialogante con el *Quijote* es, tanto en Latinoamérica como en España, el relato breve y la minificción.

Una descripción sumaria del estatuto de la minificción ayudará a perfilar mejor el alcance de la antología que ofrecemos a los lectores.

Si bien no surgió como un género independiente, puesto que tiene filiaciones tanto con otras formas breves de tradición oral y letrada, con la expresión moderna del libro misceláneo, como con el cuento propiamente tal, la minificción o microcuento se ha ido decantando como un sistema narrativo autosuficiente. Este proceso de legitimación canónica, de factura reciente, se debe tanto al desarrollo de una práctica de escritura que encuentra un circuito de difusión y recepción seducido por sus propuestas transgresoras como por un trabajo abocado a verificar y decantar su tradición, a la vez en antologías, estudios críticos y congresos especializados.[2]

En el canon latinoamericano se reconocen los aportes precursores de Rubén Darío, Julio Torri, Vicente Huidobro, la consagración de su modalidad diferencial en escritores como Enrique Anderson-Imbert, Alfredo Armas Alfonzo, Juan José Arreola, Jorge Luis Borges, Julio Cortázar, Marco Denevi, Augusto Monterroso, Virgilio Piñera, y las contribuciones posteriores de escritores como Alfonso Alcalde, René Avilés Fabila, Pía Barros, Luis Britto García, Martha Cerda, Adolfo Couve, Jorge Díaz, Eduardo Galeano, Gabriel Jiménez Emán, Alejandro Jodorowski, Ednodio Quintero, Guillermo Samperio, Armando José Sequera, Ana María Shua, Luisa Valenzuela, etc.

2. Cf. Juan Armando Epple, «La minificción y la crítica». Noguerol, Francisca, ed. *Escritos disconformes. Nuevos modelos de lectura.* Ediciones Universidad de Salamanca, Salamanca, 2004: 15-24.

Algunos especialistas en este tipo de discurso, como David Lagmanovich y Lauro Zavala, establecen una distinción entre un microtexto y un microrrelato o minifición. Según David Lagmanovich, el *microtexto* es un texto brevísimo que no se adhiere a las leyes tradicionales del cuento, a su esquema narrativo básico. No ofrece una peripecia narrativa donde exista una relación entre personaje, acción y tiempo-lugar. El *microrrelato* o *microcuento*, en cambio, adopta las leyes genéricas del cuento, intensificando o comprimiendo sus componentes, y a veces apelando a la comprensión del lector para completar su sentido, con un elemento velado o levemente aludido. Éste sería el caso, por ejemplo, de textos donde no se cuenta el final, pero ese desenlace está implícito en alguna de las secuencias del relato.[3]

Entre los rasgos que distinguen el microcuento contemporáneo podríamos señalar:

a) *Su extrema condensación narrativa.* Sobre la extensión formal del microcuento hay distintas opiniones, que van de un texto de pocas líneas, una página, hasta tres o cuatro páginas.

b) *La fragmentación de la unidad narrativa.* Hay elementos de la peripecia que quedan fuera de la expresión verbal, y son únicamente aludidos o sugeridos.

c) *Su estructura abierta.* En relación con lo anterior, el relato exige un lector participativo que, además de su familiaridad con la literatura, sepa completar o inferir el sentido de lo narrado. En algunos casos el lector es interpelado a proponerle una conclusión al relato.

d) *Su apoyo en la intertextualidad.* Muchas veces el texto tiene como base una historia o un *hipertexto* que se supone conocido por el lector, y que sirve de referente básico en el

3. David Lagmanoch, *Microrrelatos*. Cuadernos de Norte y Sur, Buenos Aires-Tucumán, 2003.

cual se apoya la propuesta creativa. Por ello la mayor parte de los microcuentos se basan en tradiciones narrativas identificables en el repertorio cultural más amplio, como la mitología grecolatina, la Biblia, el cuento de hadas, o los clásicos (Cervantes, Shakespeare, etc.)

e) *Su condición transgenérica.* El microcuento incorpora elementos expresivos vinculados tradicionalmente a otros géneros, como la lírica, el ensayo, el texto dramático, etc. Esto le da una marcada fluidez semiótica, pero a la vez justifica que algunos textos se hayan considerado indistintamente como pertenecientes a otros géneros.

f) *La predilección por el tratamiento paródico o irónico del tema narrado.* Este rasgo se correlaciona con las cuatro categorías precedentes. Uno de sus objetivos, vinculado a cierta actitud escéptica de la cultura contemporánea y a esa predisposición posmoderna de cuestionar la validez de los discursos sociales y culturales, es *transgredir* o *subvertir* los modelos discursivos de la tradición. Esta actitud lleva incluso al acto parricida de parodiar o ironizar textos que se han considerado modelos del propio microcuento, como ha ocurrido por ejemplo con el conocido y emblemático texto de Augusto Monterroso «El dinosaurio». El libro de Lauro Zavala *El dinosaurio anotado. Edición crítica de «El dinosaurio» de Augusto Monterroso* (Alfaguara, México D. E, 2001) recopila cerca de un centenar de textos basados en el famoso relato de Monterroso.

Ramón Fabián Vique ha destacado la preferencia por acudir al *Quijote* para establecer juegos metatextuales donde el texto cervantino se reinscribe en una situación contemporánea al lector y reformula ciertos episodios memorables. Respecto a la posibilidad de encontrar en el *Quijote* mismo algún antecedente de la ficción brevísima, señala que si bien sólo se detectan algunos cuentos vinculados a la tradición oral, al menos se alude al requisito

de la brevedad y la condensación como rasgos que serán atributos del cuento moderno:

> El primer fragmento corresponde al Capítulo IL de la segunda parte; Sancho comenta: «Por cierto, señores, que ésta ha sido una gran rapacería, y para contar esta necedad y atrevimiento no eran menester tantas largas ni tantas lágrimas y suspiros; que con decir: "Somos fulano y fulana, que nos salimos a espaciar de casa de nuestros padres con esta invención, sólo por curiosidad, sin otro designio alguno", se acababa el cuento, y no gemidos, y lloramicos, y darle.» El escudero elogia la concisión frente al ornamento. Es cierto que en el género que nos ocupa hay bastante de concisión, pero el rasgo fundamental es la elipsis. Una minificción es tal no tanto por lo que dice como por lo que sugiere. Sancho afirma que los sucesos deben narrarse en la medida justa. De esta afirmación, sumada a la escasez de relatos mínimos que se puedan recortar, podemos inferir que en el mundo del *Quijote*, la narración hiperbreve puede tener el único mérito de narrar con justeza y sin exceso sucesos breves.[4]

En el repertorio de minificciones basadas en el *Quijote* se pueden discernir varias correspondencias temáticas y de perspectivas enunciativas.

En primer lugar, hay un claro predominio de personajes que tenían una figuración un tanto secundaria en la novela cervantina, a excepción de Sancho Panza, y que aquí aparecen como figuras protagónicas postulando versiones diferentes de la realidad codificada en el texto matriz. Estas interpelaciones al texto clásico, lejos de cuestionarlo, contribuyen a resaltar su base polisémica: nos indican que en el Quijote en realidad se dice más de lo que está escrito, que su reconocido perspectivismo faculta nuevas lecturas.

Un tema recurrente es la reivindicación de Cide Hamete Benengeli como el verdadero autor de la obra. Este motivo, especialmente en las conjeturas borgianas, revalida el poder de la imaginación y su capacidad de mimetizar el orden de la ficción en la

4. Ramón Fabián Vique, «Minificciones quijotescas», *El cuento en red*, n.º 9 (2004) [www.cuentoenred.org]

percepción de la realidad, encubriendo el entramado ficcional de nuestras representaciones del mundo.

En los textos borgianos, que como sabemos difuminan las fronteras entre la ficción y la especulación ensayística, Cide Hamete representa el origen mítico de la palabra creadora y la voluntad imaginativa que faculta la permanencia de la obra a través de los tiempos.

Junto a Cide Hamete, los otros personajes que son reinterpretados y revalorados protagónicamente son aquellas figuras que gravitaban en torno a la voluntad imaginista de don Quijote, como Sancho Panza, Aldonza Lorenzo y esa contrafigura idealizada que es Dulcinea del Toboso.

Frank Kafka, en su microrrelato «La verdad sobre Sancho Panza» escrito alrededor de 1920 pero publicado en 1955, presenta a Sancho Panza como el creador de las aventuras quijotescas, al corporizar en un alter ego sus obsesiones y fantasías convertidas en literatura.[5] Una perspectiva similar ofrece José Emilio Pacheco en su relato «En un lugar de la Mancha».

Pero sin duda las figuras que concitan más la atención de los escritores de minificciones son tres mujeres: Aldonza Lorenzo, Dulcinea del Toboso y Teresa Panza.

Las protagonistas femeninas, en su mayor parte, reinterpretan

5. Transcribimos aquí el relato de Kafka:

La verdad sobre Sancho Panza

Sancho Panza, que, por cierto, jamás se vanaglorió de ello, logró a lo largo de los años, durante las horas del atardecer y de la noche, alejar de sí a su demonio, al que luego daría el nombre de don Quijote, redactando una enorme cantidad de novelas de caballería y de bandoleros con las que lo distrajo, de tal forma que después éste se lanzó sin freno a las gestas más alocadas, las cuales, por faltarles su ejecutor predeterminado, que tenía que haber sido precisamente Sancho Panza, no perjudicaron a nadie. Quizás llevado por un cierto sentido de la responsabilidad, Sancho Panza, un hombre libre, acompañó impasible a don Quijote en sus andanzas, y obtuvo así un enorme y provechoso entretenimiento hasta el final de sus días.

(Traducción de Pedro Gálvez)

las motivaciones de los personajes masculinos, invocan omisiones y postulan perspectivas diferentes sobre la naturaleza del amor y del amor convertido en fantasía sublimadora.

En varios de estos textos se interpela la tradición de lectura idealista de la novela para reafirmar, a veces con datos ya aludidos en el *Quijote*, la vitalidad de las pasiones como uno de los sedimentos soterrados que a la vez movilizan y encubren la «verdad» novelesca. El punto de arranque de estas reescrituras es la convicción de que en estos personajes hay una voluntad de existencia y expresión que desborda los limites narrativos impuestos por el propio Cervantes. Es sorprendente, por ejemplo, que sea Sancho Panza quien vaticinara la fama y las evocaciones gráficas que ha alcanzado hoy la novela: «Yo apostaré que antes de mucho tiempo no ha de haber bodegón, venta ni mesón, o tienda de barbero, donde no ande pintada la historia de nuestras hazañas».

Finalmente, hay una serie de textos que actualizan históricamente la figura de don Quijote para confrontar situaciones modernas, o presentan los efectos de la lectura en el personaje contemporáneo, ya sea como deuda o como ejemplo ético. Ya Rubén Darío, en su relato «D. Q.», revive al viejo hidalgo en una gesta española en tierras americanas, cuando se apresta a sacrificar su vida en defensa de los ideales hispanos frente al avance de las tropas norteamericanas. El escritor chileno Andrés Gallardo, autor de una serie de minificciones cervantinas, describe con un dejo irónico una serie de situaciones contemporáneas donde prevalece la confusión entre realidad y fantasía, y donde las lecturas del *Quijote* contribuyen a legitimar el estatuto ficticio o especulativo de la identidad.

Pero las minificciones no se proponen reinterpretar la obra original, sino intervenir en su lectura y resemantizar episodios para ampliar su radio de significaciones. Con ellos los autores reconocen en el *Quijote* una matriz fundacional de la literatura, una fuente inagotable que sigue interpelando la imaginación contemporánea.

JUAN ARMANDO EPPLE

A Luis Verano, que ha dedicado los mejores años de su docencia a la enseñanza del *Quijote* en la Universidad de Oregón, y lo ha hecho con la misma pasión, consecuencia ética y voluntad creativa que el protagonista de la novela.

D. Q.

I

Estábamos de guarnición cerca de Santiago de Cuba. Había llovido esa noche; no obstante el calor era excesivo. Aguardábamos la llegada de una compañía de la nueva fuerza venida de España para abandonar aquel paraje en que nos moríamos de hambre, sin luchar, llenos de desesperación y de ira. La compañía debía llegar esa misma noche, según el aviso recibido. Como el calor arreciase y el sueño no quisiese darme reposo, salí a respirar fuera de la carpa. Pasada la lluvia, el cielo se había despejado un tanto y en el fondo oscuro brillaban algunas estrellas. Di suelta a la nube de tristes ideas que se aglomeraban en mi cerebro. Pensé en tantas cosas que estaban allá lejos; en la perra suerte que nos perseguía; en que quizá Dios podría dar un nuevo rumbo a su látigo y nosotros entrar en una nueva vía, en una rápida revancha. En tantas cosas pensaba...

¿Cuánto tiempo pasó? Las estrellas sé que poco a poco fueron palideciendo; un aire que refrescó el campo todo sopló del lado de la aurora y ésta inició su aparecimiento, entre tanto que una diana que no sé por qué llegaba a mis oídos como llena de tristeza, regó sus notas matinales. Poco tiempo después se anunció que la compañía se acercaba. En efecto, no tardó en llegar a nosotros. Y los saludos de nuestros camaradas y los nuestros se mezclaron fraternizando en el nuevo sol. Momentos después hablábamos con los compañeros. Nos traían noticias de la patria. Sabían los estragos de las últimas batallas. Como nosotros estaban desola-

dos, pero con el deseo quemante de luchar, de agitarse en una furia de venganza, de hacer todo el daño posible al enemigo. Todos éramos jóvenes y bizarros, menos uno; todos nos buscaban para comunicar con nosotros o para conversar, menos uno. Nos traían provisiones que fueron repartidas. A la hora del rancho, todos nos pusimos a devorar nuestra escasa pitanza, menos uno. Tendría como cincuenta años, mas también podía haber tenido trescientos. Su mirada triste parecía penetrar hasta lo hondo de nuestras almas y *decirnos cosas de siglos*. Alguna vez que se le dirigía la palabra, casi no contestaba; sonreía melancólicamente; se aislaba, buscaba la soledad; miraba hacia el fondo del horizonte, por el lado del mar. Era el abanderado. ¿Cómo se llamaba? No oí su nombre nunca.

II

El capellán nos dijo dos días después:

—Creo que no nos darán la orden de partir todavía. La gente se desespera de deseos de pelear. Tenemos algunos enfermos. Por fin, ¿cuándo veríamos llenarse de gloria nuestra pobre y santa bandera? A propósito: ¿Ha visto usted al abanderado? Se desvive por socorrer a los enfermos. Él no come; lleva lo suyo a los otros. He hablado con él. Es un hombre milagroso y extraño. Parece bravo y nobilísimo de corazón. Me ha hablado de sueños irrealizables. Cree que dentro de poco estaremos en Washington y que se izará nuestra bandera en el Capitolio, como lo dijo el obispo en su brindis. Le han apenado las últimas desgracias; pero confía en algo desconocido que nos ha de amparar; confía en Santiago; en la nobleza de nuestra raza, en la justicia de nuestra causa. ¿Sabe usted? Los otros seres le hacen burlas, se ríen de él. Dicen que debajo del uniforme usa una coraza vieja. Él no les hace caso. Conversando conmigo, suspiraba profundamente, miraba el cielo y el mar. Es un buen hombre en el fondo; paisano mío, manche-

go. Cree en Dios y es religioso. También algo poeta. Dicen que por la noche rima redondillas, se las recita solo, en voz baja. Tiene a su bandera un culto casi supersticioso. Se asegura que pasa las noches en vela; por lo menos, nadie le ha visto dormir. ¿Me confesará usted que el abanderado es un hombre original?

—Señor capellán —le dije—, he observado ciertamente algo muy original en ese sujeto, que creo por otra parte, haber visto no sé dónde. ¿Cómo se llama?

—No lo sé —contestóme el sacerdote—. No se me ha ocurrido ver su nombre en la lista. Pero en todas sus cosas hay marcadas dos letras: D. Q.

III

A un paso del punto en donde acampábamos había un abismo. Más allá de la boca rocallosa, sólo se veía sombra. Una piedra arrojada rebotaba y no se sentía caer. Era un bello día. El sol caldeaba tropicalmente la atmósfera. Habíamos recibido orden de alistarnos para marchar, y probablemente ese mismo día tendríamos el primer encuentro con las tropas yanquis. En todos los rostros, dorados por el fuego furioso de aquel cielo candente, brillaba el deseo de la sangre y de la victoria. Todo estaba listo para la partida, el clarín había trazado en el aire su signo de oro. Íbamos a caminar cuando un oficial, a todo galope, apareció por un recodo. Llamó a nuestro jefe, y habló con él misteriosamente. ¿Cómo os diré que fue aquello? Jamás habéis sido aplastados por la cúpula de un templo que haya elevado vuestra esperanza? ¿Jamás habéis padecido viendo que asesinaban delante de vosotros a vuestra madre? Aquella fue la más horrible desolación. Era *la noticia*. Estábamos perdidos, perdidos sin remedio. No lucharíamos más. Debíamos entregarnos como prisioneros, como vencidos. Cervera estaba en poder del yanqui. La escuadra se la había tragado el mar, la habían despedazado los cañones de Norte-

américa. *No quedaba ya nada de España en el mundo que ella descubriera.* Debíamos dar al enemigo vencedor las armas, y todo; y el enemigo apareció, en la forma de un gran diablo rubio, de cabellos lacios, barba de chivo, oficial de los Estados Unidos, seguido de una escolta de cazadores de ojos azules. Y la horrible escena comenzó. Las espadas se entregaron; los fusiles también... Unos soldados juraban; otros palidecían, con los ojos húmedos de lágrimas, estallando de indignación y de vergüenza. Y la bandera... Cuando llegó el momento de la bandera, se vio una coca que puso en todos el espanto glorioso de una inesperada maravilla. Aquel hombre extraño, que miraba profundamente con una mirada de siglos, con su bandera amarilla y roja, dándonos una mirada de la más amarga despedida, sin que nadie se atreviese tocarle, fuese paso a paso al abismo y se arrojó en él. Todavía de lo negro del precipicio, devolvieron las rocas un ruido metálico, como el de una armadura.

IV

El señor capellán cavilaba tiempo después:

—«D. Q.»... De pronto, creí aclarar el enigma. Aquella fisonomía, ciertamente, no me era desconocida.

—D. Q. —le dije— está retratado en este viejo libro: Escuchad. «Frisaba la edad de nuestro hidalgo con los cincuenta años; era de complexión recia, seco de carnes, enjuto de rostro, gran madrugador y amigo de la caza. Quieren decir que tenía el sobrenombre de Quijada o Quesada —que en esto hay alguna diferencia en los autores que de este caso escriben—, aunque por conjeturas verosímiles se deja entender que se llamaba Quijano.»

RUBÉN DARÍO

Parábola de Cervantes y de Quijote

Harto de su tierra de España, un viejo soldado del rey buscó solaz en las vastas geografías de Ariosto, en aquel valle de la luna donde está el tiempo que malgastan los sueños y en el ídolo de oro de Mahoma que robó Montalbán.

En mansa burla de sí mismo, ideó un hombre crédulo que, perturbado por la lectura de maravillas, dio en buscar proezas y encantamientos en lugares prosaicos que se llamaban El Toboso o Montiel.

Vencido por la realidad, por España, don Quijote murió en su aldea natal hacia 1614. Poco tiempo lo sobrevivió Miguel de Cervantes.

Para los dos, para el soñador y el soñado, toda esa trama fue la oposición de dos mundos: el mundo irreal de los libros de caballerías, el mundo cotidiano y común del siglo XVII.

No sospecharon que los años acabarían por limar la discordia, no sospecharon que la Mancha y Montiel y la magra figura del caballero serían, para el porvenir, no menos poéticas que las estepas de Simbad o que las vastas geografías de Ariosto.

Porque en el principio de la literatura está el mito, y asimismo en el fin.

JORGE LUIS BORGES

El acto del libro

Entre los libros de la biblioteca había uno, escrito en lengua arábiga, que un soldado adquirió por unas monedas en el Alcana de Toledo y que los orientalistas ignoran, salvo en la versión castellana. Ese libro era mágico y registraba de manera profética los hechos y palabras de un hombre desde la edad de cincuenta años hasta el día de su muerte, que ocurría en 1614.

Nadie dará con aquel libro, que pereció en la famosa conflagración que ordenaron un cura y un barbero, amigo personal del soldado, como se lee en el sexto capítulo.

El hombre tuvo el libro en las manos y no lo leyó nunca, pero cumplió minuciosamente el destino que había soñado el árabe y seguirá cumpliéndolo siempre, porque su aventura ya es parte de la larga memoria de los pueblos.

¿Acaso es más extraña esta fantasía que la predestinación del Islam que postula un Dios, o que el libre albedrío, que nos da la terrible potestad de elegir el infierno?

JORGE LUIS BORGES

Un problema

Imaginemos que en Toledo se descubre un papel con un texto arábigo y que los paleógrafos lo declaran de puño y letra de aquel Cide Hamete Benengeli de quien Cervantes derivó el *Don Quijote*. En el texto leemos que el héroe (que, como es fama, recorría los caminos de España, armado de espada y de lanza, y desafiaba por cualquier motivo a cualquiera) descubre, al cabo de uno de sus muchos combates, que ha dado muerte a un hombre. En este punto cesa el fragmento; el problema es adivinar, o conjeturar, cómo reacciona don Quijote.

Que yo sepa, hay tres contestaciones posibles. La primera es de índole negativa; nada especial ocurre, porque en el mundo alucinatorio de don Quijote la muerte no es menos común que la magia y haber matado a un hombre no tiene por qué perturbar a quien se bate, o cree batirse, con endriagos y encantadores. La segunda es patética. Don Quijote no logró jamás olvidar que era una proyección de Alonso Quijano, lector de historias fabulosas; ver la muerte, comprender que un sueño lo ha llevado a la culpa de Caín, lo despierta de su consentida locura acaso para siempre. La tercera es quizá la más verosímil. Muerto aquel hombre, don Quijote no puede admitir que el acto tremendo es obra de un delirio; la realidad del efecto le hace presuponer una pareja realidad de la causa y don Quijote no saldrá nunca de su locura.

Queda otra conjetura, que es ajena al orbe español y aun al orbe del Occidente y requiere un ámbito más antiguo, más complejo y más fatigado. Don Quijote —que ya no es don Quijote sino un rey de los ciclos del Indostán— intuye ante el cadáver del

enemigo que matar y engendrar son actos divinos o mágicos que notoriamente trascienden la condición humana. Sabe que el muerto es ilusorio como lo son la espada sangrienta que le pesa en la mano y él mismo y toda su vida pretérita y los vastos dioses y el universo.

JORGE LUIS BORGES

Teoría de Dulcinea

En un lugar solitario cuyo nombre no viene al caso hubo un hombre que se pasó la vida eludiendo a la mujer concreta.

Prefirió el goce manual de la lectura, y se congratulaba eficazmente cada vez que un caballero andante embestía a fondo una de esos vagos fantasmas femeninos, hechos de virtudes y faldas superpuestas, que aguardan al héroe después de cuatrocientas páginas de patrañas, embustes y despropósitos.

En el umbral de la vejez, una mujer de carne y hueso puso sitio al anacoreta en su cueva. Con cualquier pretexto entraba al aposento y lo invadía con un fuerte aroma de sudor y de lana, de joven mujer campesina recalentada por el sol.

El caballero perdió la cabeza, pero lejos de atrapar a la que tenía enfrente, se echó en pos, a través de páginas y páginas, de un pomposo engendro de fantasía.

Caminó muchas leguas, alanceó corderos y molinos, desbarbó unas cuantas encinas y dio tres o cuatro zapatetas en el aire.

Al volver de la búsqueda infructuosa, la muerte le aguardaba en la puerta de su casa. Sólo tuvo tiempo para dictar un testamento cavernoso, desde el fondo de su alma reseca.

Pero un rostro polvoriento de pastora se lavó con lágrimas verdaderas, y tuvo un destello inútil ante la tumba del caballero demente.

JUAN JOSÉ ARREOLA

La cueva de Montesinos

Soñó don Quijote que llegaba a un transparente alcázar y Montesinos en persona —blancas barbas, majestuoso continente— le abría las puertas. Sólo que cuando Montesinos fue a hablar don Quijote despertó. Tres noches seguidas soñó lo mismo, y siempre despertaba antes de que Montesinos tuviera tiempo de dirigirle la palabra.

Poco después, al descender don Quijote por una cueva, el corazón le dio un vuelco de alegría: ahí estaba nada menos que el alcázar con el que había soñado. Abrió las puertas un venerable anciano al que reconoció inmediatamente: era Montesinos.

—¿Me dejarás pasar? —preguntó don Quijote.

—Yo sí, de mil amores —contestó Montesinos con aire dudoso—, pero como tienes el hábito de desvanecerte cada vez que voy a invitarte...

ENRIQUE ANDERSON IMBERT

Proposición sobre las verdaderas causas de la locura de don Quijote

Don Quijote, enamorado como un niño de Dulcinea del Toboso, iba a casarse con ella. Las vísperas de la boda, la novia le mostró su ajuar, en cada una de cuyas piezas había bordado su monograma. Cuando el caballero vio todas aquellas prendas íntimas marcadas con las tres iniciales atroces, perdió la razón.

MARCO DENEVI

Don Quijote cuerdo

El único momento en que Sancho Panza no dudó de la cordura de don Quijote fue cuando lo nombraron (a él, a Sancho) gobernador de la ínsula Barataria.

MARCO DENEVI

Dulcinea del Toboso

Vivía en El Toboso una moza llamada Aldonza Lorenzo, hija de Lorenzo Corchuelo y de Francisca Nogales. Como hubiese leído novelas de caballería, porque era muy alfabeta, acabó perdiendo la razón. Se hacía llamar Dulcinea del Toboso, mandaba que en su presencia las gentes se arrodillasen y le besaran la mano, se creía joven y hermosa pero tenía treinta años y pozos de viruelas en la cara. Se inventó un galán a quien dio el nombre de don Quijote de la Mancha. Decía que don Quijote había partido hacia lejanos reinos en busca de lances y aventuras, al modo de Amadís de Gaula y de Tirante el Blanco, para hacer méritos antes de casarse con ella. Se pasaba todo el día asomada a la ventana aguardando el regreso de su enamorado. Un hidalgo de los alrededores, un tal Alonso Quijano, que a pesar de las viruelas estaba prendado de Aldonza, ideó hacerse pasar por don Quijote. Vistió una vieja armadura, montó en su rocín y salió a los caminos a repetir las hazañas del imaginario don Quijote. Cuando, confiando en su ardid, fue al Toboso y se presentó delante de Dulcinea, Aldonza Lorenzo había muerto.

MARCO DENEVI

Realismo femenino

Teresa Panza, la mujer de Sancho Panza, estaba convencida de que su marido era un botarate porque abandonaba hogar y familia para correr locas aventuras en compañía de otro aún más chiflado que él. Pero cuando a Sancho lo hicieron (en broma, según después se supo) gobernador de Barataria, Teresa Panza infló el buche y exclamó: ¡Honor al mérito!

MARCO DENEVI

La mujer ideal no existe

Sancho Panza repitió, palabra por palabra, la descripción que el difunto don Quijote le había hecho de Dulcinea.

Verde de envidia, Dulcinea masculló:

—Conozco a todas las mujeres del Toboso. Y le puede asegurar que no hay ninguna que se parezca ni remotamente a esa que usted dice.

MARCO DENEVI

Crueldad de Cervantes

En el primer párrafo del *Quijote* dice Cervantes que el hidalgo vivía con un ama, una sobrina y un mozo de campo y plaza. A lo largo de toda la novela este mozo espera que Cervantes vuelva a hablar de él. Pero al cabo de dos partes, ciento veintiséis capítulos y más de mil páginas la novela concluye y del mozo de campo y plaza Cervantes no agrega una palabra más.

MARCO DENEVI

Epidemia de Dulcineas en el Toboso

El peligro está en que, más tarde o más temprano, la noticia llegue al Toboso. Llegará convertida en la fantástica historia de un joven apuesto y rico que, perdidamente enamorado de una dama tobosina, ha tenido la ocurrencia (para algunos, la locura) de hacerse caballero andante.

Las versiones, orales y disímiles, dirán que don Quijote se ha prendado de la dama sin haberla visto sino una sola vez y desde lejos. Y que, ignorando cómo se llama, le ha dado el nombre de Dulcinea. También dirán que en cualquier momento vendrá al Toboso a pedir la mano de Dulcinea.

Entonces las mujeres del Toboso adoptan un aire lánguido, ademanes de princesa, expresiones soñadoras, posturas herátic as. Se les da por leer poemas de un romanticismo exacerbado. Si llaman a la puerta sufren un soponcio. Andan todo el santo día vestidas de lo mejor. Bordan ajuares infinitos. Algunas aprenden a cantar o a tocar el piano. Y todas, hasta las más feas, se miran en el espejo y hacen caras.

No quieren casarse. Rechazan ventajosas propuestas de matrimonio. Frunciendo la boca y mirando lejos, le dicen al candidato: «Disculpe, estoy comprometida con otro». Si sus padres les preguntan a qué se debe esa actitud, responden: «No pretenderán que me case con un cualquiera». Y añaden: «Felizmente no todos los hombres son iguales».

Cuando alguien narra en su presencia la última aventura de don Quijote, tienen crisis histéricas de hilaridad o de llanto. Ese día no comen y esa noche no duermen. Pero el tiempo pasa, don

Quijote no aparece y las mujeres del Toboso han empezado a envejecer. Sin embargo, siguen bordando al extremo de leer el libro de Cervantes y juzgarlo un libelo difamatorio.

MARCO DENEVI

Los ardides de la impotencia

Quizá Dulcinea exista, pero don Quijote le hace creer a Sancho lo contrario porque es incapaz de amar a una mujer de carne y hueso.

MARCO DENEVI

Cervantes

En sueños, su mano tullida escribía el *Antiquijote*.

JOSÉ DE LA COLINA

En un lugar de La Mancha

Lo cual me recuerda —dijo un tercero— la historia de aquel porquerizo en un lugar de La Mancha. Había aprendido a leer y mitigaba el tedio de la aldea repasando viejas novelas. A fuerza de rehacer en la imaginación sueños ajenos acabó por creerse un caballero andante que iba de un lado a otro de la España corrompida por el oro de Indias.

El porquerizo escribió su delirio como pudo. Había conocido gracias a su trabajo a un recolector de provisiones para la Armada Invencible. Al saber que Cervantes se hallaba preso, le regaló su manuscrito. Si lo encontraba digno de la imprenta quizá al dejar la cárcel podría comer gracias al libro. Sentía afecto por el viejo que en años lejanos había intentado ser poeta, novelista, dramaturgo. Cervantes entretuvo las horas de su prisión reescribiendo los papeles de su amigo. Sancho Panza murió en 1599, sin recordar su obra ni al prisionero. Siete años después Cervantes publicó al fin la novela. Noble y honrado como era, la atribuyó a un inexistente historiador árabe, Cide Hamete Benengeli, y dio el nombre de Sancho al escudero del Quijote.

JOSÉ EMILIO PACHECO

La memoria pertinaz

Cuando Herminio Labraña Duarte entró en la biblioteca de la Escuela Normal de Victoria, sufrió una impresión que marcó su vida. Viendo tanto estante donde se acumulaba tanto libro entendió que jamás iba a poder leerlos todos y ahí mismo se propuso un plan de lectura selectiva, dejando de lado todo afán abarcador. Pronto se dio cuenta de que no iba a alcanzar a leer todas las novelas de la biblioteca. Entonces optó por un plan drástico de lectura en profundidad, y fue que decidió leer un solo libro. El elegido fue *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha.* Durante cuarenta años, en la tranquilidad de Curacautín, don Herminio memorizó capítulo tras capítulo de *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha,* sin darse tiempo para otras actividades. Sólo al llegar a la última página, don Herminio algo presintió. Esto lo sabemos porque su señora lo encontró inclinado sobre el libro abierto, sosteniendo todavía en la mano crispada el lápiz rojo con que había subrayado el párrafo de la dedicatoria de la segunda parte, donde Miguel de Cervantes promete al conde de Lemos una extensa novela de aventuras que se llamaría *Los trabajos de Persiles y Segismunda.*

ANDRÉS GALLARDO

La súbita reconsideración

El hecho es que Adalberto Mendoza dijo «me carga el *Quijote*» y, consciente de su contradicción, dijo «no pienso leerlo», lo que podría haberse tomado como rebeldía juvenil si no fuera porque Adalberto ya estaba bien maduro, ya era bien conocido como profesor de literatura en la Universidad de Georgetown y seguía diciendo «me carga el Quijote», diciendo «no pienso leerlo», de modo, en último término, majadero, porque ¿a quién le importaba demasiado?, fuera de que también se dice que no hay que decir «de esta agua no beberé»; y si no que lo diga el propio Adalberto, desesperado, leyendo a mata caballo, en voz alta para estar más seguro, hasta que la voz se le quebró sin remedio apenas en el capítulo undécimo de la primera parte, ahí donde don Quijote evoca ante los atentos cabreros la edad dorada aquella, mientras Sancho callaba y comía bellotas.

ANDRÉS GALLARDO

La colección

A propósito de don Quijote, recordamos a don Amancio Garay Barría, natural de Curaco de Vélez, quien siendo casi un niño empezó a juntar ediciones de *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha* con la esperanza de leer alguna algún día; «algún día estaré preparado para leer este monumento literario», decía don Amancio, y seguía coleccionando ediciones de *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*. Sólo dejó de coleccionarlas a raíz de su sensible fallecimiento. Resulta inexplicablemente triste anotar que don Amancio Garay Barría falleció sin haberse creído digno de leer ninguna de sus ediciones de *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*.

ANDRÉS GALLARDO

La lectura póstuma

Digno es de mencionarse el caso de don Lizardo Barría, natural de Chonchi, quien fue más allá que su pariente de Curaco de Vélez, don Amancio Barría, en lo que concierne a planificación lectora. Don Lizardo tomó un día un ejemplar bien empastado de *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, dijo «ésta será mi lectura póstuma» y se dedicó a otras lecturas, a otras urgencias.

Pasó el tiempo. Llegó el momento de la muerte. Don Lizardo, hombre justo y entero, la recibió con dignidad. Tomó su libro, dijo, «ahora, a leer con calma», expiró tan campante y dejó a sus deudos sumidos en sentimientos encontrados.

ANDRÉS GALLARDO

Parábola de la literatura, la locura, la cordura y la ventura

Cierto hidalgo cincuentón dio en el más extraño pensamiento en que jamás dio hidalgo alguno en Ñipas, y fue que un día amaneció tan tranquilo diciendo que él era don Quijote de la Mancha y, en efecto, se puso a hacer y decir las cosas que hacía y decía don Quijote de la Mancha (eso sí que solo, pues parece que Ñipas no daba para Sancho Panza). Pasó el tiempo e inevitablemente llegó la hora de la muerte y de la cordura. El hidalgo cayó en un profundo sueño y al despertar dijo «bueno, se acabó, ya no hay don Quijote; yo soy Alonso Quijano, a quien mis costumbres me dieron renombre de bueno», después de lo cual se sumió en otro sueño. Pronto despertó; esta vez dijo «basta de locura, yo soy Ignacio Rodríguez Almonacid y no hay más leña que la que arde» y cayó nuevamente en profundo sopor. Al cabo de unas horas despertó como asombrado, miró alrededor, dijo «después de todo, quién es uno» y ahora sí que cayó en un sueño definitivo, dejando alterado para siempre el concepto de identidad personal en Ñipas.

ANDRÉS GALLARDO

Máquina del tiempo

A través de este instrumento rudimentario, descubierto casi por azar, es posible entrever ciertas escenas del futuro, como quien espía por el ojo de una cerradura. La simplicidad del equipo y ciertos indicios históricos nos permiten suponer que no hemos sido los primeros en hacer este hallazgo. Así podría haber conocido Cervantes, antes de componer su *Quijote*, la obra completa de nuestro contemporáneo Pierre Menard.

ANA MARÍA SHUA

De cómo una vaca pinta ocupa la cátedra de literatura española en la universidad

Un vaquero del rancho «Quijano», encargado de darle pienso al ganado (llenar los bebederos de agua y los comederos de granos y paja) dejó un día, precisamente sobre los forrajes que acababa de servir, su ejemplar de *Don Quijote* que leía y releía en sus cortos ocios y regresó a la casa del rancho sin reparar en el olvido. En el corral la vaca pinta, engullendo la pastura, mordió las hojas del libro y en el bolo alimenticio se mezcló el genio de Cervantes. A la vaca le supo tan bien que no cesó de rumiarlo horas y horas. Con tanta lectura tragada y digerida, es natural que la vaca pinta participara, a poco, en la oposición para ocupar la cátedra de literatura española que ahora sustenta.

RAÚL RENÁN

La trabajosa perdurabilidad del *Quijote*

Muerto Quijano, El Caballero de la Blanca Luna sale a la caza de Avellaneda y otros burladores, acompañado del fiel Sancho. Vencido el impostor, dejan la quema de los ejemplares en manos del cura y el barbero. Entretanto, los duques y Fernando invierten en loas, panegíricos, traducciones y reimpresiones. Montesinos crea en los lectores la ilusión del texto barroco. El canónigo lo torna legible entre los neoclásicos. Dulcinea lo vuelve romántico, y el cautivo, modernista. Cide Hamete Benengeli lo distribuye entre los vanguardistas. Ginés de Pasamonte lo representa como obra surrealista o neorrealista. Altisidora dicta conferencias bajo el título «El *Quijote*, pastiche postmoderno». La sobrina, Teresa Panza, Cardenio y los demás, esperan su turno.

FABIÁN VIQUE

Manuscrito encontrado junto a un cráneo en las afueras de San Blas, S.B., durante las excavaciones realizadas en los años setenta en busca del llamado Cofre, o Filón

Algunas noches, agitado, sueño la pesadilla de que Cervantes es mejor escritor que yo; pero llega la mañana, y despierto.

AUGUSTO MONTERROSO

En resolución

En resolución, don Pedro se enfrascó tanto en la lectura del *Quijote* que del poco dormir y del mucho releerlo se le secó el cerebro, de manera que vino a perder el juicio, dando en el más extraño pensamiento que dio loco en el mundo: decidió proseguir, por los desmontes de su tierra, las hazañas del caballero cervantino.

A. WHITE

En un lugar de La Mancha

Tenía las piernas fuertes y musculosas y los brazos velludos; la cara grande y morena de papa recién desenterrada. El corpiño le apretaba el seno opulento y la sofocaba haciéndole salir los colores de las mejillas. Las manos rojas y ásperas como langostas de fregar platos. Toda ella despedía tufo de cebollas.

El ventero aflojaba el cinturón —cincha de asno— y le temblaba el odre de la barriga. Se acostaban en el cobertizo entre las pellejas de vino, las bolas de queso y las piernas de jamón serrano. Él la acometía con ímpetu de garañón —bizqueando el ojo caliente del deseo— mientras ella triscaba briznas de paja con los dientes blancos y caballunos; veía entonces —en las imágenes del recuerdo— al hombre desgarbado y ridículo que le decía palabras (que ella sospechaba amorosas) en un castellano apenas comprensible.

Satisfechas las urgencias, se sentaba en el brocal del pozo para trenzarse guirnaldas en la espesa cabellera. El aire traía parpar de panderetas y el rasgueo minucioso de guitarras.

RAYMUNDO RAMOS

Moneda 16

Tú, amigo mío, muy en tu siglo XVII instalado, lees —porque eso fue lo tuyo: leer y más leer— en esa vieja moneda que recogiste del suelo nuestra suerte: ves en ella con cierta sorpresa el rostro pétreo de un ciego del XX, entiendes que es el de un hombre que está cansado, mientras yo en la mía palpo tan claramente —ésa es la única forma que tengo de buscar la luz de mi ser en los espejos— que soy tú, que en verdad me llamo Alonso Quijano, y leo allí ya sin leer que el autor que haríanos conocer el músico y significativo amor de la sin par Dulcinea es un sueño gastado.

LUIS CORREA-DÍAZ

La emperatriz del mundo se confiesa

Aldonza siempre tuvo la corazonada de que ese viejo hidalgo —medio *perturbado*, dicen, *por la lectura de maravillas*, cosa que ella no llegaría a hacer nunca, y que la mirara a escondidas, con ojos de león hambriento, no más de *cuatro veces*, según recuerda— la haría famosa, le daría *un nombre músico y peregrino y significativo* y la convertiría en Señora y Soberana no ya de El Toboso, sino de las naciones, y tal vez del cosmos mismo. Pero —y aunque le doliera el sólo pensarlo—, sabía con igual certeza que no amaría al hombre por eso. El único consuelo del que, de tanto en tanto, echaba mano era creer que por la misma razón su loco enamorado sería tristemente famoso en los siglos venideros, más que todos los caballeros andantes juntos.

LUIS CORREA-DÍAZ

Razones son amores

Alonso Quijano, rechazado por la molinera de la aldea, decidió terminar sus días lanzándose contra el molino de viento. Al verlo tan maltrecho el bueno de Sancho, que algo sabía de amores, le puso unas compresas al destartalado hidalgo, inventó la aventura de los gigantes y lo demás es historia conocida.

JUAN ARMANDO EPPLE

Nombres propios

Influido por la lejanía o la nostalgia, Sancho le describía a su amo las bondades de una molinera del pueblo, pensando en Teresa. Don Quijote, que bien recordaba a Teresa desde aquella cena de despedida, cuando el bueno de Sancho se quedó dormido abrazado a la armadura que había prometido limpiar, se dedicó a describirle las bondades de Dulcinea del Toboso, esperando que Sancho la identificara con la molinera.

Teresa se extrañaba después cuando, en la efusión amorosa, don Alonso Quijano la llamaba Aldonza, pero entendía que los hombres, cuando viajan muy lejos, no sólo extravían la ruta, sino también los nombres.

JUAN ARMANDO EPPLE

Don Aldonzo

Cuando don Quijote supo que Aldonza Lorenzo venía a visitarlo, se fingió cuerdo y anunció que desde hoy en adelante se llamaba Alonso Quijano. En los nidos de antaño no hay pájaros de hogaño, dijo. Sancho anunció alarmado que su amo se negaba a salir a correr nuevas aventuras. Pero Aldonza entendió otra cosa.

JUAN ARMANDO EPPLE

De cómo el *Quijote* fue quemado en Morano

«La base esencial de una mente saludable radica en el principio de concreción con el que se percibe el mundo.» Este tipo de frases grandilocuentes acostumbraba a decir el párroco Pietro Asnoglionne en sus charlas formativas de los sábados en la sala municipal, el auditorio, mayormente formado por feligreses de la pequeña aldea de Morano quedaba en suspenso, como levitando. Su discurso retórico acompañado de estudiadas entonaciones y ensayados silencios actuaba como una especie de hipnosis.

Un día les dijo que iba a hablarles de la famosa novela de Miguel de Cervantes titulada *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, pero fatalmente guiado por su férreo principio de concreción máxima no pasó del inicio. Las cosas sucedieron así: Pietro Asnoglionne abrió el libro con solemnidad y comenzó a leer: «En un lugar de la Mancha...». En este punto cerró el libro con fuerza y mirando a los presentes preguntó: «¿Qué creen ustedes que quiso decir Cervantes con eso de "En un lugar de la Mancha..."?».

Pietro Asnoglionne adoptó en este instante un aire rígido, se puso en pie y, blandiendo la novela en la mano derecha, levantó la voz para decir indignado: «Claramente el autor especifica muy poco, una novela con un punto de arranque tan volátil no puede ofrecer sino vaguedades, quimeras, confusión de lenguaje, descontrol de ideas y anarquía. Para la salvación de nuestras almas este tipo de libros no puede tener otro destino que la hoguera».

Corría el año 2004, el *Quijote* fue quemado en la plaza mayor de Morano.

JULIA OTXOA

La bolsa

Hace poco me llama un poeta centroamericano (que no queremos nombrar). Quiere que le ayude a organizar el lanzamiento de su libro. Cuéntate una nueva. La gente sabe que puede contar conmigo. Mi trabajo solidario y por la literatura hispánica, sin recompensa alguna, ya se ha hecho proverbial. En otras décadas fue la lucha por la justicia social, como tantos otros que cruzaron espadas con una entidad infinitamente superior a sus fuerzas, de ahí nuestra presencia aquí y en la quebrada del ají. Las noticias que llegan desde mi país ya no me tocan mucho. Son como esas cartas de amor, descoloridas, manoseadas, que uno nunca envió a esa amada desdeñosa de nuestra adolescencia, que quizás ni supo que existíamos. Pero basta de cháchara. Acojo con agrado la tarea de ayudar a un compañero que hace unas décadas bregaba en el ojo del huracán combatiendo a los mismos molinos de viento. Meto en la bolsa scotch, tijeras, hojas en blanco, el permiso para poder servir vino tinto y del otro, un sacacorchos. Para que vean que los latinos no siempre improvisamos. Y ese libro que ando leyendo siempre. Esa bolsa es de cuero repujado. La compré en Chile en la feria artesanal del Santa Lucía, a los pies de ese cerro ahogado por los edificios del centro de Santiago. Es muy chévere, como dicen los venezolanos. Bueno, la llevo colgada del hombro y camino al lanzamiento pensando en lo que voy a decir en la presentación, algo general y a la vez concreto, no muy pedante, sin muchos clichés políticos. En estos tiempos de antiterrorismo paranoico, nunca se sabe quién va a llegar a los recitales. La cosa sale más o menos bien, se sirve vino y en menos de una hora de conversa y de ponerle estoy alegre, digamos, y no

sólo yo, los otros latinos, unos gringos que se toman sus tragos. En fin, me regalan una botella de tinto, el único que tomo, me la tenía guardada el poeta, le gustó la presentación que le hice. Se la doy a mi ayudante, un muchacho idealista pero más bien simple que siempre me ayuda en estas circunstancias. Me salto los pormenores de las horas pasadas en un bar para terminar la noche. Al día siguiente me doy cuenta que no tengo la bolsa. Lo único que realmente lamento es mi ejemplar del *Quijote*, compañero de estas décadas de exilio. Llamo al local donde fue la presentación, al bar donde nos fuimos a tomar, le mando un mensaje electrónico a la persona que me llevó de vuelta a casa. Si alguna vez esa bolsa aparece llena de explosivos, documentos o drogas, en cualquier aeropuerto, en allanamientos, en posesión de terceros, etc., quiero dejar constancia de los acontecimientos. Pero será en vano. Los que quieren apretarme las clavijas, traerme cortito, silenciarme la sin hueso tienen medios menos notorios y más efectivos para asesinar mi imagen.

JORGE ETCHEVERRY

¿Qué te parece, Zoraida?

Ya que los imanes rechazaron la edición de mi libro, por considerarlo impío, ¿qué te parece, Zoraida, si tu Cide Hamete viaja a Madrid y lo publica, haciéndose pasar por el soldado manco que, alojado en nuestra casa de Argel, murió el mes pasado?

ARMANDO JOSÉ SEQUERA

Últimas palabras de Cide Hamete

¡Qué desdicha morir como apócrifo, por mi pseudónimo Alonso Fernández de Avellaneda, siendo yo —como no se cansa de afirmar el mismo manco Miguel—, el legítimo creador del exiguo caballero! ¡Pero Alá es sabio y misericordioso, aunque sus designios nos parezcan inescrutables!

ARMANDO JOSÉ SEQUERA

Don Quijote y Dulcinea

En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme, vivía hace mucho tiempo una bella dama de noble familia. Venía de la Corte, donde, por la dulzura de sus modales, la habían apodado Dulcinea. Complicada en una intriga de espionaje en favor de una corte extranjera, temerosa de ser descubierta, se recluyó en aquella aldea manchega, siguiendo (de oídas, pues no sabía leer) el consejo de fray Antonio de Guevara: menosprecio de corte y alabanza de aldea. Fingió pertenecer a la familia de un labrador, a quien remuneró con algunos doblones; vistió ropas comunes, decentes y poco llamativas, y adoptó el nombre de Aldonza Lorenzo.

En la Corte había tenido un enamorado a quien llamaban don Quijote. El caballero fue tras ella y, a fin de pasar inadvertido entre los aldeanos, se hizo llamar Alonso Quijano y reanudó sus amores con aquella a quien ahora nombraban Aldonza. Todo anduvo bien durante un tiempo: Quijano se dedicaba de día a la lectura y de noche a sus amores; Aldonza vivía entregada a su aldeano amador, de quien había llegado a prendarse, y de día solía reunirse con las muchachas del pueblo alrededor de la fuente, para platicar sobre aquello de que suelen platicar las jóvenes.

La simple felicidad de los amantes se enturbió cuando advirtieron que los espías de la Corte estaban tras el rastro de ambos. Dieron entonces con una ingeniosa estratagema. Quijano fingió haber enloquecido y se bautizó a sí mismo con su nombre cortesano de don Quijote; a la vez, proclamó a los cuatro vientos su amor por la garrida Aldonza, llamándola Dulcinea del Toboso.

Los esbirros del Rey rieron con estos disparates de aldeanos ignorantes y abandonaron la búsqueda. Quijano y Aldonza, o si se prefiere don Quijote y Dulcinea, vivieron felices muchos años, olvidados para siempre de los peligros de la Corte.

DAVID LAGMANOVICH

Pensaba Sancho

Concluido el ciclo de sus aventuras, mientras el buen Quijano yacía en espera de la muerte, pensaba Sancho que tanto esfuerzo no debería ser en vano. Se decía: «¿Por qué no habría yo de continuar las hazañas del ingenioso hidalgo? No me lo impiden cuestiones de sangre, pues mi amo me enseñó que cada uno es hijo de sus obras. ¿Osaré proseguir su obra? Tal vez algún historiador futuro hablará de la primera salida de Sancho, el sucesor de don Quijote. Si no fuera tan difícil adelgazar...».

DAVID LAGMANOVICH

Habla Aldonza

Señora mía Dulcinea, os digo que no. Jamás, ni siquiera en sueños, osaría ocupar el lugar de Su Señoría. El lugar reservado para la egregia dama del Toboso por el caballero a quien llaman don Quijote. Una pobre aldeana ¿se atrevería a competir con dama tan encumbrada? Lo que el caballero dice es cosa de sueños, imaginaciones de un seso trastornado por lo que llaman poesía. Mi mundo, señora, es mucho más humilde; bien sé que las damas y caballeros lo desprecian. En este mundo mío me tocó entretener a mi vecino, el hidalgo Alonso Quijano, quien en las noches solía allegarse a mi lecho para hacer conmigo su voluntad, como los hombres suelen. De esos amores —si amores fueron— nació mi niño, a quien trato de criar en el amor de su madre y el temor de Dios. ¿Advierte vuesa merced cuán diferentes son nuestras circunstancias? Yo nada sé de mundos de caballerías. He sido la barragana de un hidalgo; nunca fui la figura espléndida de un sueño. Ahora don Alonso usa otro nombre, el nombre que a sus imaginaciones conviene. Quién sabe si no me desea todavía, en sus noches célibes y desaforadas, cuando el alba le quita los deseos de soñar.

DAVID LAGMANOVICH

El otro Quijote

En realidad hubo dos Quijotes, aunque los críticos españoles no hayan querido aceptarlo. Quizá hubo una insuficiente lectura del texto, o bien les dio vergüenza aceptar que Cervantes, espíritu burlón, introdujera junto al personaje verdadero uno apócrifo. Porque es evidente que el don Quijote alojado en el palacio de los duques, el que rechaza con comedidas palabras el ofrecimiento de su persona que hace la doncella Altisidora y entretiene sus horas tañendo un laúd, no es el mismo que salió de su aldea manchega, lanza en ristre, con la sola compañía humana de su fiel escudero Sancho Panza. ¿Dónde se ha visto que un caballero español rechace a una damisela cortesana? Y esa afeminada musiquita del laúd, ¿tiene algo que ver con el abierto viento de la llanura, la rudeza de los bosques, la desolación de las aldeas, la poderosa humanidad de los campesinos españoles? No: algún cortesano se hizo pasar por don Quijote, para desconcierto de Sancho y burlona satisfacción del duque. El falso Quijote desaparece en el espacio exterior al palacio, y ciertamente no es él quien muere, consumido por la fiebre, después del triste regreso a la aldea.

DAVID LAGMANOVICH

El flaco

Iban recorriendo las extensas avenidas donde fríos edificios repetían su fachada a cada paso. Querían alcanzar algún semáforo, un vehículo, un hombre; pero el reiterado trinar de las bocinas y el palpitar anhelante de las ruedas lo impedían.

Los dos hombres se sintieron cansados, desfallecientes, sofocados; sin embargo algunos conductores casi pudieron percibirlos. Fue entonces cuando propuso el flaco:

—Vamos, Sancho, que aquí no podrán vernos ni oír nuestras palabras.

ANA MARÍA MOPTY DE KIORCHEFF

Don Quijote 2005

1

Don Quijote resucita para celebrar sus cuatrocientos años. Recorre el mundo dando conferencias que coronan los múltiples homenajes del mundo hispanoamericano. No sabe qué hacer con tantos viáticos y honorarios, y los acumula en los bolsillos de su traje de lino beige. Aburrido del constante acoso de admiradores y estudiosos, escapa por la puerta de servicio del lujoso hotel de turno y entra a una hamburguesería. Con tantos cócteles y cenas de celebración ha engordado visiblemente. Han tenido que confeccionarle sucesivas armaduras que se adapten a la creciente barriga. Con un fajo de dólares apretado entre sus dedos, se ubica en la fila más corta, evaluando doblar las raciones de queso y papas fritas. «La que se ha perdido Sancho por no acompañarme», murmura y comienza a engullir su italiana especial.

2

Ulula con gran resonancia el teléfono celular de don Quijote, mas el hidalgo no transige y continúa cabalgando su rocín en derechura. Sancho resopla del otro lado de la línea, a Dios rogando que el caballero tenga a bien responder a la llamada que torciera el acechante destino. Dulcinea espera en la puerta de la iglesia con un ramo de orquídeas y exhala un suspiro al ver al caballero aproximarse al galope en lontananza. Viene por la avenida colma-

da de gentes que lo vitorean agitando banderillas de La Mancha. «Ella no es quien usted cree que es, don Alonso —resuella el fiel escudero—, grandes decepciones le aguardan, mi señor, contestadme por la gracia de Dios.» Don Quijote carga con el rostro iluminado, sin hacer caso de la infernal sonaja.

DIEGO MUÑOZ VALENZUELA

Doble personalidad

—Dime Sancho, ¿quién es Don Miguel de Cervantes y Saavedra?

—El autor de vuestras aventuras, mi señor.

—¡El autor de mis aventuras soy yo! ¡Dónde está ese hombre para acusarlo!

—En la cárcel, mi buen señor.

—¿Qué? ¿Ya ha sido condenado por plagio?

—No, mi señor.

—Entonces, ¿por qué? ¡Vamos, habla hombre, que no tengo todo el día!

—Pues, por falsificación de identidad. Dice ser don Quijote de la Mancha.

—Qué confusión me has creado, Sancho. Te prohíbo que hables más del tema.

—Sí, don Miguel.

LILIAN ELPHICK

Que trata de la indagatoria al ingenioso caballero don Miguel

—¿Lugar?

—De la Mancha.

—¿Nombre?

—No quiero acordarme.

—¿Por qué?

—No sé. No quiero.

—¿Apellido?

—Hidalgo.

—¿De cuáles?

—De los de lanza en astillero, adarga antigua, rocín flaco y galgo corredor...

—Gracias, eso es todo.

—... una olla de algo más vaca que carnero, salpicón las más noches...

—¡Basta! ¡Basta!

—... algún palomino de añadidura los domingos...

—¡Basta! ¡BAS-TA! Que siga el próximo caballero.

JOSÉ CARDONA LÓPEZ

Diálogo postrero entre Sancho Panza y Alonso Quijano, oído por el autor del *Quijote*

Cide Hamete, autor de *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, escribió un diálogo para este libro que hasta ahora no se había dado a conocer, y es dado hoy a la luz con la intención de agregarlo a la célebre obra, y así todas las villas y lugares de la Mancha, de España y del mundo compitan entre sí por divulgar y hacer suyas su fama y su memoria. Dicho episodio comienza cuando Sancho Panza se encuentra ahogado en mares de llanto, viendo a don Alonso Quijano postrado en su lecho, pocas horas antes de morir.

En una de esas pausas de llanto en que Sancho fue a procurarse un poco de vino para mitigar su sed, don Alonso sorpresivamente se inclinó, vio a Sancho y le hizo señas de que se acercase a su lecho. Sancho, ni corto ni perezoso, se acercó a su amo; aquél le tomó de un brazo y con una sonrisa pícara le susurró al oído:

—Sancho, de haber nacido otra vez, ¿quién habrías querido ser?

—¿Yo... mi señor?

—Sí, Sancho, dime quién.

—Pues usted, mi señor, en otra vida me gustaría ser usted y cabalgar por los campos de Castilla y de España junto a Sansón Carrasco y Sancho Panza.

—¿Estás hablando en serio, Sancho, o de nuevo estás diciendo disparates?

—No, mi señor Alonso Quijano, ya que usted recuperó la cordura y ahora se arrepiente de sus locuras, yo le digo que si mi Dios Jesucristo me permitiera nacer otra vez, me gustaría ser don Quijo-

te de la Mancha y volver a recorrer los caminos del mundo y ganar batallas y los amores de bellas mujeres. Y usted, señor mío, si a usted le dieran la oportunidad de vivir su vida otra vez, ¿quién le hubiera gustado ser?

—Pues tú, Sancho, me hubiera gustado ser Sancho Panza, un buen hombre que se atrevió a creer en la locura de otro hombre porque sí, sin más esperanza y herencia que ser gobernador de una isla que no existe.

—Pues entonces estamos a mano, amo y señor mío, nuestras vidas están cumplidas y nuestros destinos realizados, creo yo.

—Así es, Sancho, así lo quiso nuestro señor Jesucristo, que es grande y sabio.

Alonso Quijano dijo esto y después expiró. Sancho tomó el brazo de su amo —que había permanecido hacía pocos segundos temblando sobre su hombro— y lo colocó suavemente en el pecho exánime de don Alonso.

Cide Hamete, el escritor, y el bachiller Sansón Carrasco los contemplaban a ambos cuando esto tuvo lugar; ellos fueron únicos testigos de las postreras palabras que cruzaron Sancho Panza y Alonso Quijano. Entre Hamete y Carrasco hubo el acuerdo tácito de que tales palabras debían ser insertadas en la novela, pero por algún desconocido percance el diálogo no pudo ser incluido en la edición que el impresor Juan de la Cuesta hizo de *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha* en 1615.

Mientras se dirigían a hacer los preparativos para dar cristiana sepultura a don Alonso, Sansón Carrasco preguntó a Cide Hamete Berengeli cuál de los tantos personajes que había creado la febril imaginación del Quijote, y que él había recogido en su pluma, le habría gustado ser.

—Me habría gustado ser el Caballero de los Espejos, que es justamente el personaje que tú creaste disfrazándote, para divertirte y darle más vida a don Quijote, ése es un invento genial, te lo aseguro. Por ello te doy las gracias. Fue el único caballero que logró vencer en batalla limpia a don Quijote. Y usted, Sansón, ¿quién le ha-

bría gustado ser de entre todas esas fantásticas aventuras imaginadas por don Quijote?

—Pues le digo con toda sinceridad que más bien me hubiera gustado ser un escritor diestro como usted, maestro Hamete, con tanta facilidad para manejar esa pluma, la misma que parecía decir «para mí sola nació don Quijote, y yo para él; él supo obrar y yo escribir; solos los dos somos para en uno, a despecho y pesar del escritor fingido».

—Le agradezco mucho su elogio, bachiller, pero me parece que otorga usted más honores a esa pluma que a mi persona —replicó Cide Hamete, sonriendo apenas y al unísono con el bachiller Carrasco, mientras se encaminaban ambos a contribuir con los arreglos del sepelio. Hamete recogió estos hechos y palabras postreros y los mantuvo largo tiempo consigo, atesorados en un manuscrito de pergamino. El mencionado manuscrito fue hallado hace poco en el anaquel de una vieja posada de Madrid, donde un tal Miguel de Cervantes solía pasar largas horas descansando o escribiendo, por aquel año de 1615.

GABRIEL JIMÉNEZ EMÁN

Sanchijote

En cuanto se apercibió de nuestra presencia, se nos vino derechamente, y soltó la andanada.

—Válame Dios, si no es vuesa merced el bueno de Angulo el malo. Y ha de andar haciendo comedias por estos pueblos de Dios.

—Así es, amigo Sancho —le respondí, que ya le había reconocido—. Sigo haciendo *La corte de la muerte*, que las comedias que agora se estilan son todas disparates: las hay que necesitan de comento para entenderlas; que ponen la última escena de la tercera jornada al comienzo, luego la segunda de la primera; en fin, Sancho, que me vuelvo loco. Y, vos, Sancho, ¿en qué andáis que parecéis un remedo de vuestro amo?

—Vámonos despacito, señor Angulo el malo, Sanchijote para vos y toda vuestra alegre compañía. Que en cuanto mi amo dejó este mundo, su sobrina, mi señora, me dejó, no sé si por su mandato, la lanza, la adarga, la celada y el rocín, por lo que colegí que quería que siguiera sus pasos. Y aquí me tenéis, como vos, por estos caminos, deshaciendo entuertos y otras lindezas. Cada cual a lo suyo, vos a las letras y yo a las armas.

Y sin más picó su rocín y se perdió tras una nube de polvo.

ENRIQUE HOYOS OLIER

Don Quijote encuentra un molino en el fin del mundo

Observó la llanura que se perdía en los precipicios grises, aún lejanos. Viento y polvo eran una sola nube hacia el este, donde habían estado las horas de su casa y también las de un joven sol. El sol y las horas se habían convertido en manías de viejo.

Desde la montura acarició el cuello de su rocín. «Ése es el último gigante con quien pienso hacer batalla», le dijo. Apretó la empuñadura de su lanza, áspera de pronto en la debilidad de la mano como si fuera de madera sin desbastar. «Un bastón, tan sólo un bastón que apunta hacia el horizonte.» Quizá en el infierno estaba solo, enemigo ninguno, Sancho amigo ninguno. «Salvo el monstruo peor, el mago definitivo de entre todos los gigantes, quien ha hecho del mundo entero un mar de galeotes llenando de duda nuestros ojos.»

Se alzaban ante él —más altas que él a pesar de los centenares de metros que les separaban— las Aspas del Reloj que los primeros lugareños habían construido en mitad de la llanura: un gran mástil y dos manecillas afiladas, cuyas sombras se proyectaban a lo largo de aquella tierra.

ERNESTO PÉREZ ZÚÑIGA

Don Quijote

De noche leo las hazañas del ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha. Tumbado en mi cama me va llenando de una ternura ancha el viejito aquel. Yo quisiera ser don Quijote, pienso. Yo quisiera tener una hija dulce para leerle por las noches las hazañas del viejito aquel. Don Quijote no está loco como todos piensan, hija, digo. Y ella está atenta con los ojos abiertos como cielos claros. Ella mira cómo don Quijote montado en su rocín va cabalgando su niñez. Ahí va también el burrito atolondrado de Sancho Panza con Sancho Panza arriba. Míralos, hija, míralos. Y entonces los ojos se le llenan de frescura cuando mira a don Quijote cabalgando su niñez, regando de justicia el porvenir, sembrando arbolitos que crecerán grandes en las ínsulas que Sancho Panza gobernó. Pero ella se pone triste cuando todos los pajaritos pían alborotados en la cabeza de don Quijote y lo tumban del rocín. Se pone triste cuando mira las estrellas que le escribe a Sancho Panza el firmamento. Son como cartas que yo le envié a mi hija el día que nacerá. Son como pedazos de infinito montados en el burrito atolondrado de Sancho Panza. Míralos, hija, míralos, le digo. Y ella no hace más que decir adiós con la manita mareada de ternura.

ROGELIO GUEDEA

Viento del sur

... nos, in quos finis saeculorum deuenit.

SAN PABLO, I Ep. ad Cor., X, 11.

Al volver la cabeza, don Quijote vio cómo se perdía, tras la línea del horizonte y en medio del fragor del combate, el país donde nunca más había de volver. Mortalmente herido por un mes de julio que se había abierto paso a zarpazos, a don Quijote ya no le quedaba sino buscar un lugar lo suficientemente anónimo como para que albergara su desazón. Comenzó entonces una trashumancia confusa y sin rumbo, en la que nostalgia y pesadumbre lo tuvieron consumido y derrotado como nunca antes recordaba haberlo estado.

Atravesó Europa como una sombra barrida por el viento, buscando un trozo de mundo que no le fuera doloroso y ajeno. En febriles jornadas fatigó Asia, África y América; dobló el cabo de Hornos y el de Buena Esperanza; siguió las huellas de Colón, de Cook, de Elcano, de Urdaneta, del *Spirit of Saint Louis*, del Beagle y del Plus Ultra; buscó Eldorado, la Atlántida, la tierra de las amazonas, al Preste Juan de las Indias, el oro de California y de Australia, y la piedra filosofal.

Llegó un día en el que, errabundo y abatido, dejó que se fueran consumiendo las horas y los días, perdido en alguna parcela de sus recuerdos; buscando alguna certeza pasada a la que aferrarse, náufrago ya de la Historia.

Los días se sucedían monótonos e inmisericordes; sin comienzo ni fin; sin esperas ni esperanzas.

De repente un día sintió el viento sur; se detuvo y recordó. Recordó a Sancho, arrebatado por una única ola, furibunda y rabiosa, frente a Cádiz, en una fecha lejana ya y dolorosa, y este recuerdo le hizo gritar su nombre, pero sólo obtuvo un eco inerte y mezquino. Recordó también el amor, como fiebre pasajera vencida por el tiempo y la pena, mientras el viento le acercaba aromas cercanos y familiares, mezclados con el olor de la tierra ensangrentada.

Ensimismado como estaba, apenas reparó en un pájaro inmenso, de grandes ojos ciegos y reflejos metálicos que pasó junto a él, sobre el Pacífico. Ni siquiera le sorprendió que poco después volviera a zumbar en sus oídos el aire hueco, artificial y mortecino que dejó tras de sí a la vuelta, aliviado ya del huevo de la muerte.

Casi al mismo tiempo, mientras una ráfaga hirviente y violenta lo atravesaba, dispersándolo para siempre, don Quijote aún pudo distinguir, entre el olor dulzón de la carne quemada, una naturaleza muerta de relojes blandos; relojes reblandecidos a miles de grados, que aún se obstinaban en marcar las ocho horas y quince minutos del día seis de agosto de mil novecientos cuarenta y cinco.

CARLOS M. GUTIÉRREZ

Dientes de leche

Sobre la burra el viejo se asoma, viene a echarme su mirada de hambre. Montado al revés de su bestia famélica se estaciona en la esquina, y dicen las taberneras que todo por mirarme. Aldonza, aúlla el viejo quiltro, Aldonza, sacudiendo las mechas como perro cautivo. No soy yo ésa: me llamo Lorenza, pero no se lo digo. Me agria la sangre que me hable sin apearse. Empuña un palo al que llama su lanza, y al acercar la punta al ruedo de mi falda le quedan las costillas al aire. Le va a dar la ciática al caballero si no le muestras las nalgas, me gritan las taberneras en la calle. En este ayuno nada importa: que no me hayan crecido tetas todavía, que todavía no sangre. Que todavía de noche me meta en la boca los dientes de leche, y los chupe y chupe, y alguno me trague. En mis encías rotas no engorda ni una muela. Las taberneras me lo advierten: ya le han visto la cara al hambre que arranca los dientes. (Dicen:) Miren qué mañosa es esta cabra (la del bigote). No te hagai la mosca muerta (la del tajo que le parte la frente). Se está haciendo (al resto) la tonta. Chúpale la plata cabra no seai lesa (la colilla del cigarro le cuelga). Y después te largai. (Y la otra:) Y te dejai de andar lavando sábanas ajenas. Las taberneras me juran que así como se ve, flaco y enclenque, el viejo carga su botella de leche. Dicen esto las taberneras y se dan de codazos. Las taberneras aplauden, las taberneras apuestan sus melenas sobre la mesa. Pero yo no le muestro las piernas. No me agacho a recoger las sábanas desmayadas en la vereda. Qué voy a mamar de ese pellejo. Yo lo que tengo es hambre. Hambre es lo único que poseo: hambre. Por un mendrugo blando, por esas uñas negras gusto a

salame te chuparía sin asco hasta los huesos. Pero no le hablo. Me niego a conversarle, rotundamente a descubrirle el secreto de mis labios. Tapado por su bacinica el miserable masculla palabras que no entiendo. Palabras desvaídas que arranca de sus libros y lanza por los aires. Que se lleve sus ojos saltones, su lengua amarga, sus arengas de escupo. El viejo se deshace bajo el sol de la tarde, a lo lejos me parece que veo ubres derramando su leche de burra y carne. Ubres, y mi lengua babea sobre las sábanas sucias que cargo hacia la pileta en el medio del parque. Las sábanas se empapan. El hilo de agua se va llevando al sumidero las noches mugrientas, el ácido tufo del desagravio, los sesos derretidos, la tinta negra. Que no regrese el ingenioso a ojeame. Que cumpla su oferta, me digo, de andante, y se largue a pie por los caminos. Que me deje en prenda esa burra, que ya le exprimiré yo con mis encías las ubres y toda su sangre.

LINA MERUANE

Reencarnación

Se pasó toda la vida leyendo un solo libro. Lo enseñó hasta sabérselo de memoria.

Sucesivas dulcineas le fueron tallando el rostro y la soledad, hasta hacerlo una línea delgada sobre el paisaje.

Los gatos lo protegían de los molinos de viento.

En los inviernos grises de Eugene, sin tropiezos, deambulaba su ternura.

Cuando se fue, dejó un reguero de letras aburridas de ser sueños y a nadie le cupo duda de que el *Quijote* había reencarnado.

PÍA BARROS

Bibliografía

ANDERSON IMBERT, ENRIQUE, «La cueva de Montesinos» (*El gato de Chesire*, 1965; en *Narraciones Completas*, tomo VI, Corregidor, Buenos Aires, 1990)

ARREOLA, JUAN JOSÉ, «Teoría de Dulcinea» (*Cantos de mal dolor*, en *Obras*, Fondo de Cultura Económica, México, 1995)

BARROS, PÍA, «Reencarnación» (inédito)

BORGES, JORGE LUIS, «Parábola de Cervantes y de Quijote», «Un problema» (*El hacedor*, Alianza Editorial, Madrid, 2005); «El acto del libro» (*Obra poética 3*, Alianza Editorial, Madrid, 2004)

CARDONA LÓPEZ, JOSÉ, «Que trata de la indagatoria al ingenioso caballero don Miguel» (en *Antología del cuento corto colombiano*, edición de Guillermo Bustamante y Harold Kremer, Universidad Pedagógica Nacional, Bogotá, 2004)

CORREA-DÍAZ, LUIS, «Moneda 16», «La emperatriz del mundo se confiesa» (inéditos)

DARÍO, RUBÉN (Nicaragua), «D. Q.» (*El cuento fantástico hispanoamericano en el siglo XIX*, edición de Oscar Han, Premiá Editores, México D. F., 1982)

DE LA COLINA, JOSÉ, «Cervantes» (*El cuento*, n.º 88, México D.F., 1983).

DENEVI, MARCO, «Proposición sobre las verdaderas causas de la locura de don Quijote» (*Falsificaciones*, Eudeba, Buenos Aires, 1966); «Don Quijote cuerdo» (*Antología precoz*, Editorial Universitaria, Santiago de Chile, 1973); «Dulcinea del Toboso», «Realismo femenino», «La mujer ideal no existe», «Epidemia de Dulcineas en el Toboso» (*Falsificaciones*, Ediciones Corregidor, Buenos

Aires, 1999); «Crueldad de Cervantes», «Los ardides de la impotencia», (*Obras Completas*, tomo IV, *Falsificaciones*, 1984)

ELPHICK, LILIAN, «Doble personalidad» (inédito)

EPPLE, JUAN ARMANDO, «Razones son amores» (*Con tinta sangre*, Thule Ediciones, Barcelona, 2004); «Nombres propios», «Don Aldonzo» (inéditos)

ETCHEVERRY, JORGE, «La bolsa» (inédito)

GALLARDO, ANDRÉS, «La memoria pertinaz», «La súbita reconsideración», «La colección», «La lectura póstuma», «Parábola de la literatura, la locura, la cordura y la ventura» (*Obituario*, México Editorial Universitaria, México D.F., 1987)

GUEDEA, ROGELIO, «Don Quijote» (inédito)

GUTIÉRREZ, CARLOS M., «Viento del Sur» (www.Literaturas.com /Hiperbreve, 2002)

HOYOS OLIER, ENRIQUE, «Sanchijote» (*Cuentos*, Universidad Pedagógica Nacional, Bogotá, 2004)

JIMÉNEZ EMÁN, GABRIEL, «Diálogo postrero entre Sancho Panza y Alonso Quijano, oído por el autor del *Quijote*» (*El hombre de los pies perdidos*, Thule Ediciones, Barcelona, 2005)

LAGMANOVICH, DAVID, «Don Quijote y Dulcinea», «Pensaba Sancho», «Habla Aldonza», «El otro Quijote» (inéditos)

MERUANE, LINA, «Dientes de leche» (inédito)

MONTERROSO, AUGUSTO, «Manuscrito encontrado junto a un cráneo en las afueras de San Blas, S.B., durante las excavaciones realizadas en los años setenta en busca del llamado Cofre, o Filón» (*La letra e. Fragmentos de un diario*, Alianza Editorial, Madrid, 1987)

MOPTY DE KIORCHEFF, ANA MARÍA, «El flaco» (*Entre Sur y Norte*, San Miguel de Tucumán, 1995)

MUÑOZ VALENZUELA, DIEGO, «Don Quijote 2005»

OTXOA, JULIA, «De cómo el *Quijote* fue quemado en Morano» (inédito)

PACHECO, JOSÉ EMILIO, «En un lugar de la Mancha» (*La sangre de Medusa y otros cuentos marginales*, Ediciones Era, México, 1990)

PÉREZ ZÚÑIGA, ERNESTO, «Don Quijote encuentra un molino en el fin del mundo» (inédito)

RAMOS, RAYMUNDO, «En un lugar de La Mancha» (*Alta infidelidad y los espejos* cóncavos, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México D.F., 1997)

RENÁN, RAÚL, «De cómo una vaca pinta ocupa la cátedra de literatura española en la universidad» (*Gramática fantástica*, Instituto de Seguridad y Servicios Sociales de los Trabajadores del Estado, México, 1999)

SEQUERA, ARMANDO JOSÉ, «¿Qué te parece, Zoraida?», «Últimas palabras de Cide Hamete» (inéditos)

SHUA, ANA MARÍA, «Máquina del tiempo» (*Casa de geishas*, Sudamericana, Buenos Aires, 1992)

VIQUE, FABIÁN, «La trabajosa perdurabilidad del *Quijote*» (*El cuento en red*, n.° 9, México D.F., 2003)

WHITE, A., «En resolución» (*El ingenioso hidalgo don Pedro de la Caballa*, en *La mano de la hormiga*, edición de Antonio Fernández Ferrer, Ediciones Universitarias Fugaz, Madrid, 1990)

Índice

Prólogo 5

D. Q., Rubén Darío 17
Parábola de Cervantes y de Quijote, Jorge Luis Borges 21
El acto del libro, Jorge Luis Borges 22
Un problema, Jorge Luis Borges 23
Teoría de Dulcinea, Juan José Arreola 25
La cueva de Montesinos, Enrique Anderson Imbert 26
Proposición sobre las verdaderas causas de la locura de don Quijote, Marco Denevi 27
Don Quijote cuerdo, Marco Denevi 28
Dulcinea del Toboso, Marco Denevi 29
Realismo femenino, Marco Denevi 30
La mujer ideal no existe, Marco Denevi 31
Crueldad de Cervantes, Marco Denevi 32
Epidemia de Dulcineas en el Toboso, Marco Denevi 33
Los ardides de la impotencia, Marco Denevi 35
Cervantes, José de la Colina 36
En un lugar de La Mancha, José Emilio Pacheco 37
La memoria pertinaz, Andrés Gallardo, ... 38
La súbita reconsideración, Andrés Gallardo 39
La colección, Andrés Gallardo 40
La lectura póstuma, Andrés Gallardo 41
Parábola de la literatura, la locura, la cordura y la ventura, Andrés Gallardo, ... 42

Máquina del tiempo, Ana María Shua 43
De cómo una vaca pinta ocupa la cátedra de literatura española en la universidad, Raúl Renán 44
La trabajosa perdurabilidad del Quijote, Ramón Fabián Vique . 45
Manuscrito encontrado junto a un cráneo en las afueras de San Blas, S.B., durante las excavaciones realizadas en los años setenta en busca del llamado Cofre, o Filón, Augusto Monterroso 46
En resolución, A. White 47
En un lugar de La Mancha, Raymundo Ramos 48
Moneda 16, Luis Correa-Díaz 49
La emperatriz del mundo se confiesa, Luis Correa-Díaz 50
Razones son amores, Juan Armando Epple 51
Nombres propios, Juan Armando Epple 52
Don Aldonzo, Juan Armando Epple, ... 53
De cómo el Quijote *fue quemado en Morano,* Julia Otxoa, ... 54
La bolsa, Jorge Etcheverry 55
¿Qué te parece, Zoraida?, Armando José Sequera 57
Últimas palabras de Cide Hamete, Armando José Sequera ... 58
Don Quijote y Dulcinea, David Lagmanovich 59
Pensaba Sancho, David Lagmanovich 61
Habla Aldonza, David Lagmanovich 62
El otro Quijote, David Lagmanovich 63
El flaco, Ana María Mopty de Kiorcheff 64
Don Quijote 2005, Diego Muñoz Valenzuela 65
Doble personalidad, Lilian Elphick 67
Que trata de la indagatoria al ingenioso caballero don Miguel, José Cardona López 68
Diálogo postrero entre Sancho Panza y Alonso Quijano, oído por el autor del Quijote, Gabriel Jiménez Emán 69
Sanchijote, Enrique Hoyos Olier 72
Don Quijote encuentra un molino en el fin del mundo, Ernesto Pérez Zúñiga 73

Don Quijote, Rogelio Guedea 74
Viento del sur, Carlos M. Gutiérrez 75
Dientes de leche, Lina Meruane 77
Reencarnación, Pía Barros 79

Bibliografía 81